

Reflejos

Revista del Departamento de Estudios Españoles y Latinoamericanos

Facultad de Humanidades, Universidad Hebrea de Jerusalén

Número 6, Diciembre 1997

La mujer de la roca (Juego narrativo)

José Balza

pp. 60-61

La mujer de la roca

(Juego narrativo)

José Balza

1

Por su extrañeza hay que decirlo de la manera más sencilla: ese día, a la edad perfecta, la mujer movió la piedra hacia su casa.

Lo que debemos saber en seguida es que la distancia entre la casa y la montaña, de donde fue desprendida la roca, es de cien kilómetros. Y el mazo transportado, tan grande como una parte de la casa.

(Para continuar la historia, lo adelanto, necesito de ti.)

2

¿Dónde encontrar el origen de ese gesto? ¿Cuál es su sentido? Mis sencillas notas tal vez no alcancen a explicar ambas cosas. Pero en cuanto a los hechos: ella había pasado un año antes, por azar, frente al lugar. Era inevitable que ocurriese así, porque la carretera no permite hacer otra cosa: debíamos haber atravesado esa ruta mil veces. (¿Por qué todo lo hizo, precisamente, ella – y no alguno de nosotros?)

3

Este mar no admite comparaciones: surge a derecha e izquierda como una vibración poderosa: azules jamás pensados se turman, contrastan como si no fueran azules. En la distancia infinita son espumas o brumas; frente a nosotros, abajo, un diluvio de luz. La roja carretera y los arbustos chocan contra un fondo inmortal de turquesa.

Las montañas son las costas de Oriente y el mar Caribe ese plano absorbente que las ciñe. En el centro de las bahías crece la ciudad, tan actual que casi lastima. Playas, edificios, anuncios, autopistas, gen-

te agitada. Tales son los elementos que rodean la casa de la mujer, a donde fue traída la piedra gigantesca.

Hace apenas unos años la ciudad era casi una aldea. Y la casa estaba solitaria, aislada. Tal vez por eso resulte amplio, acogedor, su patio, e inmenso el jardín lleno de palmeras.

4

Ella había trabajado en diversos oficios, y asegurado su situación. Aun ahora acepta tareas por tiempo prudencial. Educó a sus hijos. Se casó dos veces y amó mucho, en esas y en otras ocasiones. Práctica para la vida cotidiana, también hizo estudios profesionales, y se rodea tanto de antiguos pescadores como de intelectuales y gente de empresas. Goza singularmente sus horas de soledad.

Es una mujer de estatura regular, de negro pelo y sonrisa marcada. Cocina cosas exquisitas. Cuando bebe una cerveza lo hace con unción. Atiende y resuelve mil detalles útiles para la comunidad inmediata.

Su persona y su casa están labradas por un incesante resplandor.

5

¿Qué determinó el traslado? ¿Fue la impresión contundente de la roca, con su rojiza fuerza? ¿O el vacío acogedor de la casa, del jardín?

Ella nunca se preguntó cómo podría colocar ese inmenso bloque de silente masa milenaria allí. Cuando afrontó el hecho, supo que debía romper una esquina, dos paredes y la puerta de un lado. No reducir la casa sino tumbar para dar paso, y luego reconstruir. No había otra manera de colocar la piedra.

Venezuela, 1939. Premio Nacional de Literatura. Entre sus libros de ficción y ensayo figuran: **Antonio Estévez** (1980), **Percusión** (1982), **La mujer de espaldas** (1986), **Este mar narrativo** (1987), **Medianoche en video: 1/5** (1988), **INICIALES. Anuncios de la teoría literaria en América Latina: 1600-1700** (1992), **Ejercicios narrativos** (1992).

Y en ese momento ya las grúas iban a sostener en el aire la roca traída de tan lejos.

En medio del proceso no se preguntó por qué debía acercarse aquella tierra tan antigua a su patio ni qué ventaja obtendría con ello. El impulso de colocarla junto a sí, junto a sus pasos y su mirada había sido absoluto.

6

Un día antes, allá en la carretera, hubo que detener el tráfico y mostrar la orden oficial para el traslado. Aquella arista de la montaña no pertenecía a nadie, carecía de valor y hasta parecía molestar la visibilidad de los choferes cerca de la curva.

El fiscal, uniformado y sudoroso, no comprendió muy bien de qué se trataba, pero permitió seguir, y hasta colaboró: los autos fueron desviados, se les dejó pasar de uno en uno, al borde del precipicio, mientras la máquina arrancaba el trozo de montaña.

En principio, la roca no se diferenciaba mucho. Era un ángulo más del cerro: bermejo, tatuado, con pliegues prehistóricos, manchas claras y oscuras, sombras de trilobites. En un momento, bajo el sol, brilló como un escudo gigantesco de indecifrables inscripciones. ¿Es que la mujer quería aprisionar, poseer una rebanada de tiempo concretada en la masa? ¿Sentir que respiraba aún lo tenebroso que millones de años concentraban en la pulpa magenta?

Pero a medida que la pala mecánica, operando suavemente, aunque con calculada violencia, extraía, arrancaba la roca, ésta mostraba sus contornos, su cuerpo imponente, su inclinación peligrosa. Sin embargo, los hombres, con casco y guantes, dirigieron sutilmente el tremendo brazo metálico, y ella se desprendía en silencio, arrojando arena, terrones, vegetación, polvo. Algo emergía desde los secretos milenarios, y ese algo es la piedra pura, certera como un destino.

7

Aquel día el barrio se excitó. Jóvenes y viejos, curiosos y transeúntes quedaron inmovilizados alrededor del sitio, observando las extrañas maniobras y la colocación del objeto.

Después la grúa y todos se fueron. Y sin embargo, el incidente de romper un poco de pared, de hacer cosas súbitas, no permitieron a la mujer el goce de la ceremonia. Esa misma tarde aplanó la tierra, girando con atención alrededor de la roca.

Tres días después ya había más orden, y llovió largamente. La tierra húmeda se acomodó de manera natural, y hasta unos precoces asomos de hierbas dieron su tono habitual entre la arena y las grietas. Sólo a partir de entonces la mujer descansó o se concentró en el hecho de haber cumplido su deseo.

Había vivido en un mundo acentuado por el mar; olas y colores crearon allí la continuidad entre los cielos y el agua. Y a veces el mar parecía subir, trepar sobre la ciudad y arropar las montañas. Esto podía ocurrir en los días de lluvia o durante algunos atardeceres brumosos. Pero ella sabía perfectamente que nada puede vencer el torso fiero de la cordillera, que la tierra también es infinita desde las costas hacia el sur. En medio de esa armoniosa oposición, la ciudad brilla delicadamente y transpira torpeza o rencor, pero también felicidad. A ella le ha correspondido la perfección, sólo tiene que vivir lo salvaje, lo espontáneo de su propia existencia, y ordenarlo de vez en cuando, como al deseo.

8

Ese año, cuando tomó la decisión (o cuando se produjo el definitivo encantamiento con el sitio), la mujer comentó su idea con un buen amigo suyo. Era tan inocente su deseo por aquella tierra (¿sabe alguien realmente de esto?) que, después de cuatro cervezas, el amigo se vio obligado a puntualizar: "Está bien, viniste a hablarme, pero sé que terminarás haciendo lo que quieras. Sin embargo, tú recuerdas, ¿no?, tú sabes lo que ocurrió hace un tiempo en esas lomas. Allá, tal vez exactamente encima de la cresta que quieres llevar a tu casa, asesinaron una noche a aquel hombre. Su pecho y sus testículos fueron aplastados allí. Nadie hubiera podido notar su sangre junto a las manchas del terreno. Tal vez no murió en ese lugar, pero ahí lo desangraron. Y luego la misma gente del gobierno lo llevó al mar, le pusieron pedazos de piedra atados a los pies, y lo arrojaron. No se imaginaron que unos pescadores lo encontrarían después y que todavía hoy se comentaría esa historia. Tú sabes esto. No quiero dañar la pureza o lo poético de tu gesto. Pero..."

—Qué dolor. Pero mi roca nada tiene que ver con eso— respondió.

9

El tiempo ha pasado y en la casa con su amplio patio nada parece haber cambiado. La mujer misma cumple de nuevo con su actividad de siempre. Y sin embargo, no sólo porque la gran roca vibra en el centro del jardín, o por el suceso de su traslado desde la distancia hasta aquí, y aun porque ese gesto irradia un especial sentido del deseo o de la voluntad, debemos creer que todo ha cambiado, y que la mujer es de algún modo un ser distinto. ¿Cómo?

Tal es la pregunta que te hago, a la vez que formulo otra: ¿por qué habré elegido esta historia para contarla?